

EL FUTURO, OBRA DE LA JUVENTUD

UN MUNDO

La juventud que desea participar en la construcción de la sociedad del futuro necesita saber cómo es la sociedad actualmente. Es preciso partir de la realidad, para poder construir sobre terreno firme.

Y el mundo de hoy tiene unas características que, a veces, se nos escapan en medio de la confusión vertiginosa de nuestra vida demasiado apresurada.

Por eso es necesario dedicar por lo menos dos artículos a exponer cuál es el mundo con el que la juventud se encuentra, y las líneas de actuación de esta juventud hacia el futuro. Los cristianos creemos, con Pío XII y Juan XXIII, que hay un punto de confluencia para todos los hombres de buena voluntad, y en él nos basaremos.

La población mundial

Se está dando el fenómeno de que una gran parte de nuestro mundo español es juvenil. Cerca del 50 por ciento de nuestra población tiene menos de veintisiete años.

Este fenómeno supone que los «maduros» no tenemos numéricamente la importancia que antes teníamos.

Además se plantea otro fenómeno obligado: las generaciones que vivimos nuestra guerra estamos en minoría. La gran mayoría de la población no ha tenido esa experiencia.

Por otro lado, en el mundo actual la población crece desafortadamente. Según las estadísticas, la población que había en el año 1960 en todo el mundo, al llegar al año 2000 se habrá duplicado. Esto quiere decir que los 3.000 millones de habitantes del planeta en 1960, se convertirán en 6.000 millones en el año 2000.

A estos problemas demográficos se unen otros de terrible importancia en la población mundial: el hambre y la escasez de agua.

Dos tercios de la Humanidad están hambrientos; y tres cuartas partes de la población mundial no se alimentan suficientemente.

El problema del agua, que a nosotros, los que vivimos en Madrid, nos parece un problema local, en realidad es un problema que afecta a toda la Tierra. Las necesidades del agua son cada vez más crecientes dado el género de vida de los hombres del siglo XX, y la industrialización creciente que se produce.

Hegemonía planetaria

Algunos creen ingenuamente que nuestra civilización está acercando a los pueblos en el plano económico, pero lo cierto es que el foso entre los países desarrollados y los subdesarrollados cada vez aumenta más.

Las naciones industrializadas se van enriqueciendo progresivamente en forma alarmante, porque, en cambio, las demás naciones que están desprovistas de esos medios industriales, se empobrecen año tras año.

Esto hace, según muchos especialistas, que se prevea un enfrentamiento entre las naciones ricas y las naciones pobres en los próximos tiempos.

Lo que ocurre en el mundo llamado occidental y en los continentes donde la influencia comunista no existe, o no es total, es fenómeno que también pasa en los países detrás del telón de acero. Rusia se ha industrializado fuertemente, y parece ser que tiende a agruparse económicamente con las naciones más ricas; y, en cambio, China se hace el líder de las naciones pobres tras el telón de acero.

A estos fenómenos se une el poder atómico de Estados Unidos, Rusia y Francia, y la lucha sorda que hay en el mundo por una hegemonía que ya no se puede llamar solamente mundial, sino planetaria. Queremos dominar incluso el espacio cósmico con los nuevos inventos mecánicos que permiten circular por el espacio a tranquilos cosmonautas.

Habría que preguntarse si para enfrentar los problemas que crea la situación mundial se necesitaría un nuevo tipo de hombre y un nuevo tipo de sociedad. El hombre competitivo de occidente, que toda su fuerza se basa en el egoísmo, parece estar desplazado del futuro de la sociedad que hoy se necesita, más justa y más solidaria.

Las estructuras de nuestra sociedad, por otro lado, tiene necesariamente que corresponder a este nuevo tipo de hombre que necesita. El fenómeno de la «socialización», que Juan XXIII vio como un fenómeno sociológico irreversible, debe ser aceptado y encauzado en sentido constructivo por todos los hombres, y en particular por los cristianos. Entre estos se da el fenómeno paradójico de que por defender un régimen anticuado de propiedad, que no va

con las necesidades del mundo actual, se olvidan de reconocer los valores auténticamente cristianos de una propiedad mucho más social. El egoísmo que propugnan inconscientemente muchos católicos, no puede ser el resorte que mueva una organización justa y cristiana de una sociedad futura.

Hace poco leía una carta del marxista heterodoxo Henri Lefebvre, dirigida a una revista de un movimiento francés de Ingenieros católicos, el M. I. C. I. A. C., y en la que mostraba su extrañeza por la ignorancia en que se encontraban los fieles de la Iglesia, incluso los cultos, respecto a la avanzada doctrina de los Santos Padres de los diez primeros siglos de la Iglesia.

Decía el famoso pensador francés que hasta ese momento nunca había leído ninguna obra de San Basilio, San Ambrosio o San Juan Crisóstomo; pero que al leerlas últimamente, creía que las doctrinas sobre la propiedad, tan amplias y abiertas, que estos autores católicos suelen sustentar, podrían dar base para una concepción mucho más justa y acomodada a las necesidades de nuestro mundo. A esta observación no puedo, sino asentir a ella, ya que nosotros, los cristianos, hemos tenido la desgracia de estar en manos de los manuales de moral confeccionados en el siglo pasado, y cuyas teorías sobre la propiedad se parecían mucho más a los duros conceptos jurídicos del Derecho romano que a la comprensiva doctrina social del Evangelio. Todavía recuerdo que un célebre profesor de la Universidad Gregoriana de Roma sostenía la tesis de que utilizar las enseñanzas sobre la propiedad de los Santos Padres era temerario. Por eso no es extraño que el clero, incluso de cierta cultura, se aliase siempre con las posturas sociales más retrógradas, salvo excepciones honrosas. Hoy en día, por suerte, la cosa está variando a pasos agigantados; pero todavía falta valentía para abordar con profundidad y amplitud este tema bajo una nueva mirada que supere las estructuras mentales decimonónicas, y, sobre todo, el pensamiento medievalista, que se encuentra en buena parte de la filosofía social que usan los católicos.

Una civilización de imágenes

Hoy no es el arte auténtico el que influye en nuestra civilización. La prueba está en la incapacidad que tiene mucha gente para comprender el arte moderno, desde el impresionismo hasta el tachismo o lo abstracto. Gobernados como estamos por las imágenes fotográficas que vemos en los libros, el cine y la televisión, estamos incapacitados para comprender la creación artística. Las imágenes nos invaden e impiden pensar por cuenta propia, e incluso nos arrastran a una acción que no ha sido libremente decidida por nosotros, sino por la influencia de la propaganda, la publicidad, la moda o los modelos que inconscientemente adoptan la juventud y los adultos.

Un poeta inconformista, Léo Ferré, dice que «nuestra condición social es una soledad poblada; pero una soledad poblada de imágenes». Nunca se ha podido definir mejor al engaño social en que vivimos, dentro de una civilización occidental, gobernada por una serie de poderes oscuros en manos de un grupo de personas interesadas.

La verdad es que estamos dirigidos por una religión de la imagen. Los anuncios, las películas y tantos otros medios de comunicación social, son utilizados sin respeto alguno para la personalidad del hombre, y son usados como instrumentos de dominación más que como herramientas que favorezcan la liberación del hombre.

El poder de la imagen sería trascendental para conseguir una liberación de los valores auténticamente humanos y un desarrollo eficaz de la personalidad; pero lo que se hace en el mundo de hoy es casi lo contrario, y todo debido a los móviles egoístas de unos pocos. Por eso es lógico que fomentemos una sana rebelión contra estas ataduras.

Por otro lado, no solamente nos invaden las imágenes representativas, sino también las palabras. La palabra se ha convertido en una especie de ídolo, de tal modo que es significativo que uno de los últimos ensayos de Sartre se titule simplemente «LAS PALABRAS». He podido comprobar en multitud de reuniones y asambleas, de personas de una cultura media por encima del nivel corriente, que después de mucho discutir podía uno darse cuenta, si era un observador perspicaz, que todo el mundo utilizaba palabras y discutía por medio de ellas sin saber verdaderamente lo que significaban; pero nadie se preocupaba por ello. Parece que la palabra se haya convertido en un mito, quizá por la profusión con que nos invade tanto el mundo de la palabra escrita como el mundo de la palabra hablada; fenómeno nuevo en la historia de la Humanidad.

Nada digamos de los términos que se utilizan en política, pues entonces resulta imposible entenderse, ya que cada uno está comprendiendo, más o menos conscientemente, detrás de una misma palabra, cosas completamente distintas. Recordemos las palabras democracia, libertad, promoción social...

DESGARRADO

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

Desacralización

Son bastantes los sociólogos, católicos y no católicos, que han observado en el mundo de hoy un fenómeno nuevo hasta ahora. Todas las civilizaciones han sido fuertemente influidas por lo sagrado. Lo profano y lo religioso están implicados en todas las sociedades que han existido; pero, por primera vez en el mundo de hoy, se da el fenómeno de que las cosas temporales, la sociedad civil, los problemas de este mundo, se tratan separadamente de lo religioso. Se ha producido de hecho la «autonomía de lo temporal» (Pablo VI). Los Estados quieren desconcesionalizarse, las ciencias se sienten seguras de sí mismas, el arte no quiere tutelas, incluso las realizaciones sociales de los católicos desean tener un razonable margen de libertad.

Todo esto es bueno si sirve para evitar la confusión reinante en otros siglos, que recibía el nombre de «clericalismo» o «teocracia». Incluso hoy los católicos, de una y otra tendencia, pensamos que no existe la sociedad católica ideal, sino que hay sociedades más o menos justas que un católico aceptará más o menos. Nuestro realismo ha aumentado considerablemente, lo cual supone un avance legítimo.

Sin embargo, esta «desacralización» tiene dos aspectos contrarios: uno bueno y otro malo. Cuando la desacralización se convierte al ateísmo, cerrado a cualquier valor trascendente, llegamos a un extremo inaceptable. Tan inaceptable, como un extremo contrario, que es el de la teocracia. Creemos que la separación es legítima, pero sin abandonar ninguno de los valores extremos, autónomos en su propio campo: lo terreno y lo eterno.

Lo cierto es que nuestra juventud se encuentra con un mundo así, y que tiene necesariamente que partir de él si quiere ser realista.

♦ ♦ ♦ ♦

A esto habría que añadir otros tres fenómenos: el poder mágico que tiene la ciencia en las masas, ya que la considera omnipotente en su misterio creciente, a causa de los inventos atómicos y nucleares, y de su complicación y profundidad matemática; el desorden exterior que reina en muchos países, manifestado por las revoluciones constantes y las guerras endémicas; y la delincuencia juvenil.

Las revistas de divulgación científica han aumentado en un año su número al doble, y actualmente se publican en el mundo 30.000, y esta cifra sigue aumentando constantemente.

El liberalismo irresponsable, propugnado con alimbaradas palabras por muchos pensadores decimonónicos, ha abocado en la posibilidad de tanta guerra y desorden material que hoy contemplamos en el mundo. Por eso, cuando hoy se habla de libertad, todo el mundo comprende, en Oriente y Occidente, que tiene que ser una libertad ordenada, sin la cual la libertad de los individuos sería una ficción. Lo cual no quita para que algunos se aprovechen exagerando la vigilancia y disciplina, y haciendo en buena parte ilusoria esta libertad, que debe ser base de una sociedad normal.

Y ¿no es escandaloso que nuestra «civilizada» sociedad del siglo XX hasta ahora no haya sabido nada más que clamar por medidas represivas contra la delincuencia juvenil, como si el joven delincuente fuese un anormal mental, un verdadero retrasado, cuando la verdad es que ha sido la sociedad la culpable de su falta de adaptación?

Este panorama duro, no debe hacernos perder, sin embargo, la confianza en el futuro. Como decía Juan XXIII: hemos de ser optimistas, porque los bienes y valores positivos de nuestra civilización son más que los males que en ella vemos. Lo que hace falta es utilizar y desarrollar a fondo las fuerzas constructivas que proporciona nuestra cultura y nuestro mundo, y así conseguiremos hacer una nueva sociedad más justa, equitativa y feliz. La lástima es que, muchas veces, con nuestros temores, hemos caído en una falta de iniciativa, que ha abocado a este desfase en que se encuentra la Iglesia, en sus estructuras humanas, respecto al mundo actual. Nosotros, que decíamos habernos preocupado más que nadie por los problemas terrenos, nos hemos evadido falsamente a las nubes de la otra vida, sin pensar que esta vida de ultratumba hemos de comenzarla ya aquí; y que nuestra acción temporal y mundana ha de ser piedra de toque a nuestra sinceridad religiosa.

AGUA DE COLONIA



Royale
Ambree

FAMOSA
DESDE 1919

... pero antes, un toque
con



Stick
DESODORANTE

ROYALE
AMBREE

LEGRAIN
PARFUMEUR PARIS